



Jean Cocteau

El arte cinematográfico, como cualquier otro, se presenta bajo dos aspectos. O bien el arte activo, especie de periodismo sublimado cuyo objetivo es prestar servicios de carácter social; o bien este arte oculto, escondido, especie de explosivo retardado que parece, a primera vista, un lujo escandaloso, pero que constituye con el tiempo la figura menos perecedera de las patrias. No es frecuente que esta forma de arte muy secreta y normalmente muy mal recibida por el público se produzca fuera de la sombra; quiero decir fuera de los libros de tiradas restringidas o de los espectáculos de una noche. Por lo que conlleva de ruinoso, de inabordable y por la necesidad que impone de una enorme e inmediata recuperación, el cinematógrafo, arma de los poetas por excelencia, escapa al uso que fatalmente tenía que ser suyo. ¡Ninguna libertad en esta zona de libertad perfecta! Y cuando grandes poetas como Chaplin o Keaton lo adoptan, su única excusa consistirá en excitar la risa. La misma fuerza que gastan, si la gastaran en beneficio del drama y si sus «gags», en vez de someterse a lo burlesco, sirviesen a la tragedia, de inmediato la risa del público se volvería feroz y el linchamiento reemplazaría los aplausos.

Cada vez más el cinematógrafo se aleja de la autonomía e intenta confundirse con el teatro, teatro postizo y triste que ya no se beneficia de este esperanto sobrenatural de las imágenes.



Jean Cocteau *La sangre del poeta* 1930

Escenas como las de la vaca o del jefe de orquesta en *La Edad de Oro* de Buñuel se pueden considerar como un acontecimiento muy importante: la aparición del *gag* trágico. No dudo de que una mala risa las acoja; de todas formas existen y nada parará ya el río negro del que son la fuente.

He aquí el verdadero papel del mecenas. El mecenas no debe amparar los buenos negocios sino los negocios malos, ciertos negocios malos, los mejores posibles, los éxitos a largo plazo, las ganancias misteriosas que las pequeñas bolsas o las bolsas áridas no pueden esperar, que son el atributo de los verdaderos ricos, ricos de corazón y de dinero.

El vizconde y la vizcondesa de Noailles nos ofrecen este noble espectáculo. Un gran apellido y una gran fortuna que no pretenden quedarse debajo de los focos de la moda y que se colocan más allá, en la sombra donde trabajan los artistas a quienes aman, a quienes adivinan, a quienes respaldan, y quienes no encontrarían en ninguna otra parte el medio para expresarse libremente.

Por eso he aceptado su oferta después de tantos rechazos. A pesar de la amabilidad de las grandes empresas, la cortesía elemental nos obliga a no «*hacerles correr un riesgo*» y a «*trabajar para ellas con prudencia*». Aquí, nada de prudencia. La comandita cierra los ojos, se tapa los oídos y extrema la delicadeza hasta no molestar en el trabajo de estudio. Sea cual sea, la sorpresa será buena, aunque desencadene la reprobación del círculo mundano en medio del que nuestros mecenas, burlados, ridiculizados y expuestos a las peores insolencias, innovarán con mucha calma un papel desconocido de los salones que sólo puede ennoblecerlos.

La vida de un poeta, película sonora en el sentido en que lo entiende Chaplín, es un documental realista de acontecimientos irreales. El estilo importa menos en ella que la anécdota y el estilo de las imágenes permite a cada uno sacarle provecho, simbolizar según su mente, porque Freud tiene razón al decir, en el prefacio de *El Jugador*, que no hace falta que un artista haya pensado en ciertas cosas para que éstas se conviertan después en objeto principal de su obra.